

A person is walking away from the viewer on a sandy beach. The person is wearing a dark jacket and pants. In the background, there is a large, faint, light-colored clock face with Roman numerals. The overall scene is in a warm, golden-brown color palette.

La
Huella
del Pasado

De Lorenzo Román

LA HUELLA DEL PASADO.

DE LORENZO ROMÀN.

© Todos los derechos reservados

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, respaldas a los escritores y permites que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *La Huella del Pasado*.

© El autor: De Lorenzo Román

Diseño de la portada:

Edición: julio de 2019

El tórrido sol calentaba de una forma exasperante. Eran las cuatro de la tarde de un día cualquiera de primeros de Agosto. Y hacía calor, mucho calor... La calle estaba desierta; nadie se atrevía a salir de su casa; además, al haber pasado la hora de la sobremesa la gente estaba durmiendo la siesta. El aire que se movía era irrespirable y bochornoso. Un perro corría ladrando junto a las encaladas paredes; tal vez huyendo de un desaprensivo, o descontento con alguna pulga que le picaba. La chicharra, encaramada en algún árbol cercano, entonaba su monótona melodía; el zumbido de una moscarda se oía en los cristales. Y hacía calor, mucho calor... En los tendedores la ropa ondeaba al viento cual banderas multicolores; ropa tendida al sol que estaba seca. Los pinares colindantes con las últimas casas, pinos silvestres, desprendían el olor acre de las acículas soleadas. El verano castigaba a este rincón de Andalucía.

Aunque con normalidad las noches eran soportables, dada su ubicación sobre el nivel del mar, pero en las pasadas noches no se notó la bajada del termómetro y se hicieron pesadas e interminables. Pero, a esa hora, a las cuatro de la tarde, la intensidad ultravioleta se hacía gomosa e insoportable.

En el horizonte el azul del cielo se tornaba pálido envuelto en las temperaturas que abrazaban el paisaje, desde la perspectiva que hería el iris de la mirada. Un limón lunero compartía su frondosidad con el azahar de la nueva luna y el fruto amargo y amarillento enhiesto cual senos de mujer. Sus verdes hojas clamaban al cielo el riego de la tarde a la caída del astro padre. Y hacía calor... mucho calor.

De los huertos cercanos el aire transportaba en sus átomos más diminutos un vaho candente de estiércol mojado y fruta madura aún en el árbol. En el silencio de la tarde se podía, incluso, escuchar el rumor exangüe

del caudal del río; escaso por la carencia de lluvias en la pasada primavera. Las montañas, picudas y grises, rasgaban el cielo con sus lanzas de piedras mohosas y octogenarias; de las cumbres más elevadas volaban los buitres, arrogantes y majestuosos, en busca de la carroña para sustentar a sus polluelos.

En la calle el reciente alquitranado propagaba su aliento fuerte, roto en algunas zonas debido al derretimiento de la materia, e insoportable que el viento distribuía sin prisas; la mejora de asfalto en la zona había dejado piedras negras y menudas disueltas por las aceras. Entre unas matas de jaramagos dos jilgueros picoteaban, batiendo sus alas, las amarillentas flores que son parte de su dieta; pasaban de una mata a otra hasta levantar su vuelo rápido y zigzagueante.

En los patios o en las puertas de las casas, unas sábanas o cañizos protegían, a modo de sombraje, los geranios y clavellinas, además de rosales en flor que con los calores se marchitarían en pocos días; también ellos esperaban el frescor que les obsequiaba el agua al atardecer vertida desde una regadera. Un ejército de gorriones batallaba en una frondosa higuera, disputándose los abiertos higos y compartiéndolos con los himenópteros voladores de avisperos y colmenas.

Las lanceoladas hojas de los eucaliptos se mecían al antojo del viento, dejando caer en sus vaivenes sus capsulares frutos; una veintena de ellos se erguían majestuosos por el declive del terreno que colindaba con los corrales y huertos. En el gallinero se escuchaba el cacareo de una gallina rodeada de sus polluelos, cuello desplumado y cresta rojiza, que interrumpía su clamoreo continuado para picar y escarbar con sus patas en la tierra en busca de algún insecto, o enseñando a su pollada a hurgar en ella en busca de alimento. Un algarrobo daba un poco de sombra al gallinero; de él pendían sus curvados frutos en la frondosidad de sus tortuosas ramas. Cerca, a modo de vallado, se

veía la chumbera que en la globosidad de sus tallos mostraba sus espinosos frutos; unos rojizos otros verdes según el momento de maduración.

Al final de la calle, donde el campo se abre a la vista del transeúnte, había una pequeña casa; sendas ventanas, a cada lado de la puerta, estaban cerradas para que el calor no entrara en su interior; la techumbre no daba la sensación de poder resistir por mucho tiempo el peso de sus tejas. En uno de los laterales se describía una hendidura de gran dimensión que había sido enchapada por manos inexpertas; luego, la cal había puesto su blancura inmaculada simulando su ineludible deterioro. En una barra metálica, fijada a la pared con dos garras, se alzaba, majestuosa al cielo, la antena de televisión.

Un Volkswagen rojo recorría despacio, muy despacio, la calle. En su interior la persona que lo conducía, un hombre de más de setenta años, miraba con curiosidad a diestra y siniestra queriendo reconocer cada rincón de la baldía calle.

II

Sentada en una vieja mecedora, con ropas frescas para hacer más llevadero el sofoco del día, había una mujer. Su curiosidad estaba centrada en el aparato de televisión; habían concluido las noticias y esperaba el comienzo del programa de cotilleos; en él se comentarían los devaneos amorosos de algunos artistas o torero. Con un abanico repartía aire sobre su cuerpo denodadamente, como queriendo acaparar todo el frescor que la casa contenía. Al poco la programación inició su andadura, después de la publicidad, con una hermosa presentadora. Su interés se hacía cada vez más notable y una sonrisa se dibujó en sus labios; dejó sobre la mesa, en la que aún estaban los cubiertos además del pan y el vaso de agua vacío, el soplillo, y, aproximándose al receptor, dio por satisfecho el tono de audición.

Aprovechando la segunda pausa publicitaria se levantó, y cogiendo los útiles que le habían sido necesarios para el almuerzo los puso en el seno del fregadero. Al estar en pie se apreciaba un cuerpo delgado y seco; el vestido por su amplitud era fresco, tela fina, sin mangas y abotonado en su parte delantera. Su pelo, blanco como la nieve, y los ojos hundidos en sus cavidades; nariz recta y pómulos salientes; la boca la componía una línea horizontal donde un día hubo unos hermosos labios; la piel reseca moteada de manchas oscuras que se hacían más notorias en brazos y manos. En apariencias la mujer tendría sus setenta y cinco años.

Una vez recogida la mesa volvió a sentarse de nuevo sobre la mecedora abanicándose con más brío aún. La hilaridad marcaba la satisfacción y la placidez en su semblante: hacía y deshacía según le viniese en ganas; era de ideas fijas y convicciones claras. Vivía sola por pura sensación de bienestar y tranquilidad; sus tres hijos, dos varones y una mujer, habían tomado caminos diferentes. La hija vivía en una localidad grande cercana; el hijo pequeño decidió buscar trabajo después de sus obligaciones militares en el lugar

donde fue destinado, en cambio el mayor echó raíces en el pueblo donde vive y trabaja con su esposa e hijos.

La soledad nunca fue agravante para su bienestar. Tenía lo que tenía y lo acataba con humildad por que habían sido los designios de Dios lo que marcaron su vida desde su lejana juventud. El Estado le había asignado una pensión con la cual tenía un resarcimiento digno y de la cual, cuando podía, ahorra. Su ilusión más inmediata era arreglar el tejado de su casa; la trabajadora social le prometió conseguirle una ayuda con la cual tampoco tendría suficiente para llevar a cabo la obra; sus ahorros serían imprescindibles y eso suponía un agravante por que, aunque ahorra todo lo que podía, tardaría mucho tiempo en reunir la cantidad necesaria.

La televisión seguía divirtiendo a la audiencia llevando su programa a términos diferentes; la mujer había reclinado su cabeza sobre el respaldar de su confortable asiento y dormía. Dormía susurrando palabras ininteligibles, muecas sin sentido y a veces roncaba con un ruido asfixiante; el murmullo en que se había convertido la verborrea televisiva le hacía estar entre dos mundos: dormía y no dormía.

El ruido de un motor se detuvo ante su casa y le hizo abrir los ojos con sobresalto; miró el pequeño reloj que tenían en el mueble de cocina y en sus manecillas observó que aún no eran las cinco y media. El calor, además de aportarle una fragancia insoportable le hacía manar pequeñas gotas de sudor de su cuerpo, sintiendo así, de una forma viscosa, como sus miembros se humedecían. El cuarto de aseo estaba fuera adosado a la parte posterior de la casa. Se levantó de su asiento, que también estaba húmedo debido a la transpiración de su cuerpo; abrió la puerta de madera pintada de pintura plástica color ocre en cuyo interior vivía la polilla, salió al corral y guiando sus pasos a su derecha entró en el reducido cuarto de baños. Un wáter, una bañera y un lavabo eran los ornamentos de los que se componía tan reducido

anexo. Girando el grifo del lavabo puso sus manos en forma de cuenco advirtiéndole que la primera agua que salía de él estaba caliente; las tuberías habían sido puestas de forma superficial y eso lo evidenciaba. A los pocos segundos el líquido elemento fue tomando el frescor necesario para refrescarse la cara. Se miró en el pequeño espejo, se sintió cansada y, tomando una toalla que colgaba sobre la pared de un clavo, se secó con suavidad. Se levantó el vestido, bajó sus bragas y se sentó en el wáter dando rienda suelta a la orina; tocó sus bragas advirtiéndole su sequedad y se sorprendió. La incontinencia urinaria le estaba jugando malas pasadas; no quería ir al médico, le molestaban, le daban vergüenza admitir los achaques de vieja y lo solucionaba con pequeñas compresas que, cada vez que se las ponía, les recordaban su tiempo de menstruación. Aunque su año para las adversidades era desorbitado no estaba exenta de pusilanimidad en caso de enfermedades. La bronquitis padecida en la última primavera le había afectado de forma que el médico le diagnosticó bronconeumonía severa, lo que le obligó a guardar cama durante mucho tiempo. Ella, desde muy joven, había padecido de bronquios y era esa la enfermedad que más temía, pues, pensaba, que con su avanzada edad en una crisis se moriría.

Se puso de pie, se ajustó las bragas y salió; se sintió cansada, muy cansada. Los paseos matutinos, aprovechando el frescor de las mañanas, cada día los estaba alargando más y eso hacía que volviera muy cansada de las caminatas. Le dio pereza tener que lavar los platos que había en el fregadero, pero, fiel a la pulcritud en la que se había criado, tomó el estropajo y el detergente y, afanándose en su cometido, en pocos minutos dejó todo limpio y ordenado. Vivía en una casa pequeña y pobre pero limpia, muy limpia. Su interés por la limpieza le llevó a pasar la escoba, más por costumbre que por suciedad, para recoger las posibles diminutas migas de pan que se le hubieran caído al suelo.

La mecedora seguía en su sitio, la televisión encendida, cogió de nuevo el abanico y, desplegándolo con una sola mano, lo hizo girar con un movimiento de muñeca que le proporcionaba aire confuso y sofocante. Comenzó a perder interés por lo que acontecía en el programa: concursos, entrevistas... ¿Cómo se podía cotillear tanto, contar historias de la gente que a nadie importaban...? Pero la curiosidad es el punto débil de todos los terrestres; por eso, aunque le producía malestar interior al emocionarse con algunas historias, verdaderas o falsas, se mantenía sentada estoicamente, sin dejar de batir el aire, hasta que la programación terminaba.

Consultó de nuevo su reloj y esta vez las manecillas indicaban las seis y diez minutos; le apetecía un café; se levantó y plegó la mecedora con mucho cuidado, pensando que cualquier día sus desvencijados tornillos cedieron y se rompiera. Abrió la puerta del mueble y de él extrajo una cafetera de puchero; vertió agua asegurándose que el contenido era suficiente y puso sobre ella un par de medidas de café; encendió la hornilla y la puso sobre la llama. Entró en la habitación donde todo su mobiliario eran una cama, una mesilla, un ropero y una coqueta pues no quedaba sitio para más. Cogió unas bragas limpias – eran las segundas que utilizaba aquél día -y un vestido de calle y se dispuso para una ducha ligera mientras hervía el café. El médico le consejo beber descafeinado por sus problemas de hipertensión que adolecía desde hacía tiempo, pero hacía caso omiso a su recomendación y compraba el más puro y aromático.

Se desnudó dejando caer el vestido con sólo hacer resbalar sus tiras que sujetaban sus hombros; la prenda cayó a sus pies formando así un círculo de tela. Se desprendió del sujetador y las bragas y, ya desnuda, entró en la bañera; accionó la ducha y el agua recorrió su desnudez policromada por los años. La reseca piel y sus miembros tomaron suavidad al contacto con el gel de baño, tersura que perdía cuando la toalla secaba los poros de su cuerpo.

atención al joven que descendía de él con un maletín en su mano. Levanté la cabeza cuando supe que sus pasos estaban muy cercanos; esperé unos segundos, justos los que tardó en llegar. “¿Horts Schneider?”, pensé. No podía ser él, Horts debía estar muy mayor. “Guten tag...”, dijo el muchacho con una amable sonrisa de dientes blancos en alemán. “¿Lolo... es usted Lolo?”, preguntó sin dejar de sonreír ante mi estupefacción. “Ja...”, contesté. “Soy Horts Schneider hijo, y el motivo de mi visita es para hacerle entrega de unos documentos que obran en nuestras oficinas y que son de su propiedad...”. Aquél muchacho era el vivo retrato de su padre en su ya lejana juventud. Le estreché la mano y quedé con ganas de abrazarle eufórico de alegría. Le hice pasar a la casa y le ofrecí algo para beber que él rechazó con buenos modales. Nos sentamos a la mesa en lugares opuestos, y procedió a abrir el maletín de donde extrajo un documento bellamente mecanografiado. No pude articular palabra cuando me dijo que aquello eran las escrituras de las propiedades de Nicole, y que ella encargó que se cambiaran los nombres de los propietarios; con firmar en ellos todo sería mío... Dos gruesas lágrimas recorrieron mi cara. Nicole había intuido el alcance de su enfermedad y antes de perder sus facultades decidió pasar a mi nombre todas sus propiedades. Con mano temblorosa firmé. Nunca, por mucho tiempo que viva, que ya me queda poco, podré agradecer el inmenso amor que ella sintió por mí...-

Lolo había recuperado sus facultades; ya no le llamaba Nicole, tampoco por su nombre, pero el soliloquio de voz atiplada que musitaba, le devolvía la convicción en sus palabras. Dejó de pronunciar palabras inconexas, hablaba con racionalidad y realidad; era evidente la aparición de una mejoría circunstancial. Después del restablecimiento no se sabía lo que podía ocurrir.

Catalina le había dejado hablar sin interrumpirle, permitiendo que desahogara en las postrimerías de su vida la necesidad apabullante de todo lo que llevaba dentro.

-Llévame al salón, estoy cansado de estar en la cama...- Pidió ante la sorpresiva mirada de su nieta.

Catalina no quiso dar una negativa a sus súplicas, ni contradecirle en sus peticiones, y comprendió que le hacía falta la colaboración de su abuela para acceder a lo pedido. Teresa entró solícita al ser requerida por Catalina y, al saber lo que solicitaba el viejo terció un poco el gesto con disconformidad.; era evidente que Lolo no estaba para moverlo de la cama, pero ante la insistente rogativa que había en su mirada accedió. Lolo estaba en los huesos y sonreía cuando se vio izado por las dos mujeres. Lo trasladaron al salón donde fue ubicado en un sillón, acondicionado previamente para la ocasión, y quedó sentado muy confortablemente.

-Aquí estoy mejor; gracias, pequeña. Y da las gracias a esa vieja gruñona...- agradecía con una sonrisa burlona, y una leve inclinación de cabeza.

Ante la expectante actitud de Catalina quedó en silencio, pensativo, falto de elocuencia; rebuscaba en su memoria, como lo hizo otras veces, algo lejano en su pasado para poder contarle a su nieta.

-En el año noventa y ocho, sin fuerzas para continuar con el trabajo de las flores, me puse enfermo; el color azafrán invadió todo mi cuerpo. Me sentía cansado, muy cansado y ese fue el único síntoma que dio la enfermedad. El médico me recomendó una analítica y, al ver, días después, los resultados, pidió mi traslado a un hospital. Allí continuaron las pruebas y los análisis hasta que una mañana se personó en la habitación un médico, preguntó mi nombre y de un sobre sacó unos papeles escritos en alemán. Sin rodeos innecesarios, con toda naturalidad expuso el resultado de los exámenes. "Señor Lolo, los resultados de las pruebas a las que ha sido sometido, arrojan un resultado nada agradable: tiene usted un Krebs en el páncreas..." Desde que murió Nicole, nada volvió a ser igual, había perdido el aprecio por la vida, pero desde que escuché aquél diagnóstico me volví insensible e indiferente a

todo lo que me rodeaba. Había trabajado para no morir de hambre y ahora se presentaba la muerte acechando en cada esquina, dando vida al gusano que devasta mis entrañas. El médico me citó para pasar consultas de terapias, y así intentar frenar lo que no tenía remedio. Después de pensarlo varios días decidí dejar las cosas como estaban. Si la enfermedad, por su avanzado estado, no tenía solución moriría de igual modo qué más daba morir antes o después...-

Teresa había servido dos tazas de aromático café. El aroma había llegado al olfato de Lolo; ofreció una a su nieta, y el enfermo al ver en gesto protestó.

-¿Para éste pobre viejo no hay café...?- Preguntó.

Teresa miró a Catalina que se llevaba su taza a los labios, como lo hacía cuando necesitaba su aprobación. Con un leve movimiento de cabeza dio su consentimiento para que su abuela sirviera otra taza. En pocos minutos Catalina acercaba el café a la boca de su abuelo que, sorbo a sorbo, fue bebiendo la esencia del cafeto. Saboreando con entusiasmo el elemento sonreía mirando a la vieja, y hacía sonar la lengua en el paladar en cada sorbo que bebía. Teresa, cuando hubo tomado el último sorbo que le quedaba, sopesó la posibilidad de hacer una corta visita a su hermana que se encontraba enferma. Sin ningún inconveniente, dado el estado de bienestar de Lolo, decidió salir sin más preámbulos. Cambió su atuendo de estar en casa por uno más sencillo y fresco de calle. Lolo observaba todos sus movimientos, notando el cambio de indumentaria y peinado, sin perder detalle, y al pasar junto a él hacia la puerta de salida, éste le tomó una mano y la retuvo unos segundos entre las suyas.

-¡Hübsche!- Exclamó en alemán.

Teresa no forcejeó para librarse de aquél tierno contacto y sintió una sensación extraña en todo su cuerpo. Salió con un breve “Hasta luego...” y cerró la puerta a sus espaldas. Catalina quedó a solas con su abuelo. Un golpe de tos procedente de la garganta del enfermo, rompió el espeso silencio que compartían; un silencio displicente roto por una tos aséptica e impoluta; tal vez fingida para dar pie a un nuevo monólogo. Catalina se dio cuenta de los esfuerzos que hacía para seguir conversando.

-Y al verte solo, decidiste volver...- Dijo propiciando el tema.

Lolo se había encorvado ligeramente y frotaba sus manos que estaban frías. Catalina se sentó a su lado y las envolvió entre las suyas para darle calor. Lolo, sorprendido por aquella frase que denotaba su curiosidad por saber el final de su periplo por tierras alemanas, movió su cabeza en sentido afirmativo.

-Evidentemente; estaba solo, enfermo y custodiado por la muerte, y una mañana, después de estar toda la noche dando vueltas a la idea, decidí volver. No sabía lo que encontraría, ni cómo sería recibido. Por fortuna no fui mal acogido. Mis hijos no han querido saber de mí, y no se lo reprocho por que yo actué de la misma manera... Puse en venta todo lo que Nicole dejó a mi nombre a través de una agencia inmobiliaria y al día siguiente tenía comprador. Hice un buen negocio con la venta consiguiendo un valor que yo creía inalcanzable, y en pocos días abandoné el lugar que había sido el nido de amor para Nicole y para mí. No me hacía falta nada; recogí lo necesario para el viaje, lo metí en una bolsa y, sin más preámbulos, me puse en marcha. Lo más duro fue la despedida de Nicole en el cementerio donde reposan sus restos. Estuve allí para darle mi último adiós y agradecerle todo lo que ella y su padre hicieron por mí. Al llegar a su tumba no pude contener las lágrimas; había estado allí muchas veces pero aquella era diferente por que sería la última vez que llevaba flores y le hacía compañía. Lloraba sin querer mirar las

inscripciones de aquél mármol gris que cubría su morada. Hablé con ella como otras veces, sabiendo que, desde donde estuviese me escucharía. Dejé un precioso ramo de flores al pie de su tumba y abandoné el lugar sin querer volver la mirada. Desanduve el camposanto llorando con la certeza de que su alma me acompañaba y que no me ha abandonado desde ese instante. Puse en marcha el motor del auto y fui dejando una estela de recuerdos que nunca olvidaría. Hace poco más de un año, después de un largo viaje por carreteras desconocidas, eché anclas en este puerto donde quiero que mis huesos reposen junto a los de mis antepasados. En ocasiones, cuando estaba solo, escuchaba sus voces que me llamaban desde un rincón, desde un átomo de la tierra que los cubre...-

Nuevamente se hizo el silencio. La historia había tocado a su fin. Catalina no podía hacer un juicio de valor sobre lo escuchado durante esos días. No se encontraba capacitada para enjuiciar sus acciones, pero llegó a la conclusión de que había sido un juguete del destino, y de que, en el fondo, estaba muy arrepentido de su proceder aunque no hiciera demostraciones al respecto. Nicole le amó y él a ella, y por ese pecado tampoco se podía juzgar si ella hizo bien o mal. Los designios de Dios fueron caprichosos.

Catalina se levantó de la silla desperezando su entumecido cuerpo, aguardando el regreso de su abuela. Miró a su abuela que estaba sentado en el sillón, disfrutando con sosiego de la contemplación de un cuadro. En él se veía el mar con sus olas; un mar azul verdoso en lontananza, separado por una línea que cambiaba la tonalidad primaria del cielo. Las blancas crestas de las olas ponían una nota refrescante sobre las barcas que reposaban, mitad en el agua mitad en la arena, sobre la orilla. Lolo, embelesado, disfrutaba de aquél trocito de mar prendido en la pared. Catalina, a su vez, no perdía detalle de la expresión que reflejaba en su cara su abuelo; Su mirada interrogante, marcaba la simplicidad propia del ignorante, de quien no sabe o no conoce.

-¿Sabes lo que representa ese cuadro?- Preguntó Catalina.

-Sí, el mar...- Respondió Lolo. Prosiguió. – Pero yo no lo conozco por que nunca estuve en el mar y sé que moriré sin verlo...-

Mostraba una serenidad dueña de sus sentimientos. No conocía el mar y, como él decía, moriría sin que su retina pudiese guardar el vaivén de sus olas en sus recuerdos, o que su oído captara el golpe de su fuerza contra las rocas, o que su paladar degustara la salinidad de su elemento. Catalina quiso desviar su atención hacia otro asunto, pero sentía que no debía sacarlo de sus cavilaciones, de sus pensamientos; era necesario que disfrutara de lo desconocido aunque fuese en una representación. Lolo continuaba con su mirada fija, propia de la ignorancia, sin preguntas que pudieran comprometer, por ingenuas, a la chica. Continuó contemplando aquella ventana que daba luz y color a uno de sus irrealizados sueños: el mar.

Catalina no comprendía la tardanza de su abuela. Necesitaba hacer el traslado a la cama; presentía que su abuelo necesitaba una nueva limpieza y un cambio de pañal. Como sabía que su abuela no tardaría en llegar, salió al baño para preparar una palangana con agua caliente, jabones y pañales. Varios minutos le llevó hacer los preparativos, cuando algo, no sabía qué, aceleró su corazón. Un presentimiento cortó el aire de sus pulmones. Se le cayó el recipiente que tenía en sus manos, y volvió sobre sus pasos con el miedo en el cuerpo. Entró apresurada en la salita donde dejó a su abuelo contemplando el cuadro. Su mirada continuaba fija en aquél azul con el brillo perdido y la boca abierta. Catalina vio que su mano descansaba inerte a un costado y enseguida comprendió que su abuelo había muerto.

Se acercó con más firmeza de la que creía tener y con un roce suave de su mano cerró sus ojos para siempre. Lo contempló unos segundos sin poder contener sus lágrimas; desvió su mirada y se encontró con el cuadro que pendía de la pared y observó un detalle que no había visto antes. En una

barca se veía a un hombre y una mujer con un brazo en alto. Se acercó y pudo comprobar que aquellas dos personas eran su abuelo y una mujer con gran parecido con ella: Nicole...